

Dos textos

I. La tortura como eje del trabajo de inteligencia fue altamente productiva y eficiente. Logró la información suficiente para destruir las organizaciones guerrilleras y sus entornos, asesinar a los dirigentes sindicales no conciliadores, arrasar toda organización popular, golpear y dificultar la acción de los organismos de derechos humanos. Lo hizo gracias a la existencia de los campos de concentración con los supuestos de una práctica irrestricta e ilimitada del tormento. Consiguió obtener información parcial significativa; logró la colaboración total de un pequeño grupo de gente que logró modelar, desintegrar y reordenar según la lógica del poder autoritario. En suma, fue el método que permitió obtener la información necesaria para destruir una generación de militantes políticos y sindicales que *desaparecieron* en los campos de concentración. Para quienes deseaban este resultado, el método parece haber sido el adecuado. En todo caso se abren otras preguntas: ¿Debía la sociedad argentina *desaparecer* una generación de molestos activistas sindicales y políticos? ¿Hay posibilidad de separar medios y fines? Desaparecer, borrar del mapa, ¿no lleva casi irremediablemente a esto?

El campo se un lugar de contrarios que coexisten, de ambivalencia y conflicto superpuesto, no resuelto, en donde la confrontación se resuelve por la separación, clasificación y eliminación de lo disfuncional.

Al tiempo que es un *centro de reunión* de prisioneros, es donde el hombre encuentra el mayor grado de *aislamiento* posible. Prisioneros concentrados en una barraca, cuidadosamente separados entre sí por tabiques, celdas, cuquetas. Compartimentos que separan lo que está profundamente interconectado.

Los planos de los campos de concentración parecen graficar esta idea de la compartimentación como antídoto del conflicto, que permea todo el proceso. Largas secuencias de compartimentos; depósitos ordenados y separados en la arquitectura, en las etapas del proceso desaparecedor (captura, tortura, asesinato, desaparición de los cuerpos), entre los servicios que obtienen y procesan la información (Armada, Ejército, Aeronáutica), del campo mismo como un compartimento separado de la realidad.

También los hombres aparecen fragmentados, compartimentados interna y externamente: “subversivos” a los que se despoja de identidad, cuerpos sin sujeto, torturadores que ostentan una ideología liberal, cristianos que se confunden a sí mismos con Dios. Todo sin entrar en colisión aparente, subsistiendo gracias a una separación cuidadosa, *esquizofrénica*, que atraviesa a la sociedad, al campo de concentración y a los sujetos.

Los compartimentos estancos son la condición de posibilidad de coexistencia de elementos sustancialmente inconsistentes y contradictorios. Algunos de ellos:

Salta a la vista que precisamente las *fuerzas legales*, como se identificaban a sí mismas las fuerzas represivas, operaran con una estructura, un funcionamiento y una tecnología “por izquierda”, es decir *ilegal*. El secuestro, la tortura ilimitada y el asesinato eran claves para lograr el exterminio de toda oposición política y diseminar el terror al que ya se hizo referencia. Dichas “técnicas” no se hubieran podido aplicar desde la legalidad existente y, de hecho, el gobierno militar, a diferencia de los nazis, nunca creó leyes que respaldaran la existencia de los campos de concentración, antes bien optó por negar su existencia. Las “fuerzas legales” eran los GT *clandestinos* mientras que toda acción legal, como la presentación de *habeas corpus*, denuncias, búsqueda de personas, juicios, era considerada “subversiva”. Extraña coexistencia de lo legal e lo ilegal, pérdida de los referentes; inversión constante y sucesiva de los términos, confusión de los contrarios que impide reconocer desde la sociedad por

dónde pasa la distinción entre uno y otro. La ilegalidad de los campos, en coexistencia con su inserción perfectamente institucional, aunque parezca contradictorio, fue una de las claves de su éxito como modalidad represiva del Estado.

Directamente vinculado con la legalidad aparece el problema del secreto. El secreto, lo que se esconde, lo subterráneo es parte de la centralidad del poder. Durante el Proceso de Reorganización Nacional se sancionaron 16 leyes de carácter secreto. El Grl. Tomás Sánchez de Bustamante declaró: “En este tipo de lucha (la antisubversiva) el *secreto* que debe envolver las operaciones especiales hace que no deba divulgarse a quién se ha capturado y a quién se debe capturar. Debe existir una *nube de silencio* que rodee todo...”¹. También existían sanciones legales de carácter secreto y decisiones secretas que inhabilitaban políticamente a ciertos ciudadanos. Los campos de concentración eran secretos y las inhumaciones de cadáveres NN en los cementerios, también. Sin embargo, para lque funcionara el dispositivo desaparecedor debían ser secretos a voces; era preciso que se supiera para diseminar el terror. La *nube de silencio* ocultaba los nombres, las razones específicas, pero todos sabían que se llevaban a los que “andaban en algo”, que las personas “desaparecían”, que los coches que iban con gente armada pertenecían a las fuerzas de seguridad, que los que se llevaban no volvían a aparecer, que existían los campos de concentración. En suma, un secreto con publicidad incluida; mensajes contradictorios y ambivalentes. Secretos que se deben saber; lo que es preciso decir como si no se dijera pero que todos conocen.

La manera en que se fraccionó el dispositivo concentracionario, separando trabajos y diluyendo responsabilidades es otra manifestación de esta misma esquizofrenia social, manifestándose dentro mismo de los campos. El mecanismo por el cual los desaparecedores concebían su

¹ Sánchez de Bustamante, Tomás, en: Lozada, Salvador et al., *La ideología de la seguridad nacional*, El Cid Editor, 1983, p. 42.

participación personal como un simple paso dentro de una cadena que nadie controlaba, es otra forma de fraccionar un proceso básicamente único. Cada uno de los actores concebía la responsabilidad como algo ajeno; fragmentaba el proceso global de la desaparición y tomaba sólo su parte, escindiéndola y justificándola, al tiempo que condenaba a otros, como si su participación tuviera algún sentido por fuera de la cadena y no coadyuvara de manera directa al dispositivo asesino y desaparecedor. Recuérdense en este sentido las declaraciones de Vilariño.

De manera semejante, los grupos operativos se concebían como diferentes y enfrentados, se retaceaban la información unos a otros, entre las distintas armas y aun dentro de una misma arma. Cada uno se creía, o bien más eficiente, o bien menos brutal que los otros. Grass se refiere a las diferencias entre el grupo operativo de la Escuela de Mecánica y el del Servicio de Inteligencia Naval; Geuna narra el terrible enfrentamiento entre la policía y el Ejército; Graciela Dellatorre cuenta la competencia que existía entre los tres grupos operativos de El Vesubio². Cada uno era un compartimento del dispositivo concentracionario, con sus hombres, sus armas, su información, sus secuestrados. Su seguridad podía depender de mantener esta separación; el incremento de su poder también. Es decir, el mecanismo favorecía la compartimentación y la competencia, al tiempo que imponía su totalidad sobre el conjunto. Es importante señalar que cuanto mayor sea la fragmentación más necesidad existirá de una instancia totalizadora. Lo fragmentario no se opone a lo totalizante; por el contrario, se combinan y superponen, sin encontrar consistencia ni coherencia alguna.

Para el secuestrado, la incoherencia entre sus acciones y otras creaba un desquiciamiento de la lógica dentro de los campos, *otra lógica* que no alcanzaba a comprender, pero que sin embargo era constitutiva del poder, de su parte más íntima, de su racionalidad no admitida, negada, subterránea. Una racionalidad que incorpora lo esquizofrénico como

² Dellatorre, Graciela. En: Conadep, *Nunca más*, p. 158.

sustancial. La incongruencia entre las acciones de los secuestradores fue una de sus manifestaciones que se hizo particularmente patente en los campos que correspondieron a la modalidad *técnico-aséptica*.

Por ejemplo, la posibilidad de supervivencia no aumentó para quienes brindaron información útil ni para las víctimas producto de la casualidad, del error, o que después de los interrogatorios hubieran demostrado tener muy poca o nula vinculación con la guerrilla. Por el contrario, en muchos casos fue exactamente al revés; los militantes de cierta trayectoria podían ser más útiles a largo plazo lo que aumentó inicialmente su sobrevida y luego la posibilidad de “reaparecer”. El procedimiento no carecía de lógica pero al mismo tiempo parecía incomprensible; pertenecía a otra lógica que el secuestrado no podía comprender. Por un lado, la existencia de lógicas incomprensibles, por otro, la ruptura y la esquizofrenia dentro de la lógica concentracionaria desquiciaban a los prisioneros e incrementaban su sensación de locura.

La visita casi diaria en la Escuela de Mecánica de la Armada de un médico que atendía a los prisioneros era un dato aparentemente contradictorio con la suposición de que los traslados implicaban la muerte. Geuna también relata que: “se interesaban por mi salud, por mis heridas, por mi debilidad (había adelgazado diez kilos en veinte días). Me trajeron vendas y vitaminas. Me cuidaban y al mismo tiempo me decían que me iban a matar”³. ¿Para qué se curaba de anginas o se administraba vitaminas a alguien que se iba a asesinar? La incongruencia llevaba al preso a pensar que o bien era cierta una cosa o la otra y, dado que efectivamente le llevaban vitaminas, no lo iban a matar, lo cual era falso. Esta “lógica perversa” o falta aparente de lógica dañó terriblemente a los secuestrados.

Se puede pensar, aunque Hannah Arendt discutiría la supuesta finalidad productiva de los campos de concentración nazis, que en ellos, a pesar del exterminio que se reservaba a los prisioneros, la existencia del

³ Geuna, Graciela. Testimonio, p. 24, segunda parte.

médico tenía un sentido: mantener al hombre con cierta capacidad de trabajo, ya que se lo usaba en tareas productivas. Pero éste no era el caso de los campos argentinos, en que los secuestrados permanecían tirados en el piso, sin hacer nada a veces durante meses. ¿Qué lógica podía tener la presencia del médico en esas circunstancias?

No es claro, pero probablemente se jugaba un cierto sentido de humanidad manteniendo al hombre en condiciones relativamente aceptables hasta su muerte. Esta hipótesis, la menos congruente con el resto del funcionamiento del campo, es quizás la más probable; hay que recordar que la preservación de la vida de algunos niños en el vientre de su madre respondía a una lógica semejante que no sería más que otro de los tantos mecanismos de autohumanización que debieron usar los desaparecedores para justificarse a sí mismos. Desde una concepción más consistentemente utilitarista se podría suponer que preveían epidemias que pudieran afectar a prisioneros todavía útiles o al propio personal. También es probable; en algunos sentidos el campo funcionaba como una fría y no muy selectiva máquina de matar; en otros irrumpían estas rupturas de la lógica, estas compartimentaciones incomprensibles a primera vista. Lo cierto es que la atención médica era uno de los elementos que lograba dificultar la comprensión del prisionero de que sería ejecutado, por la aparente contradicción entre una acción y otra. Esa confusión, alimnetada por el campo y multiplicada por el temor y la negación de los prisioneros creaban una "predisposición" para interpretar la lógica perversa que desataba el campo como auténticos indicios de la posibilidad de supervivencia. Todo ello confluyó para desalentar las formas de resistencia más desesperadas.

Algo semejante ocurrió con la atención a las mujeres embarazadas que llegaron a dar a luz, en la "Sardá" de la Escuela de Mecánica. A partir de cierto momento del embarazo, esas prisioneras pasaban a ocupar un cuarto con camas, una mesa con sillas, ropa, y podían permanecer allí con los ojos descubiertos y hablar. Días antes del alumbramiento, los marinos le hacían llegar a la madre un ajuar completo, a veces muy hermoso, para

su bebé. El parto se atendía con un médico y respetando ciertos requerimientos de asepsia, anestesia y cuidados generales. La madre le ponía nombre a su hijo y daba las indicaciones para que lo entregaran a la familia. Este trato dificultaba la comprensión del destino final de madre e hijo. Las atenciones hacían presuponer que ambos vivirían pero que, cuando menos el bebé sería respetado. La realidad era muy otra: la madre solía ser ejecutada pocos días después del alumbramiento y el bebé se enviaba a un orfanato, se daba en adopción o, eventualmente, se entregaba a la familia. Quedaba así limpia la conciencia de los desaparecidos: mataban a quien *debían* matar; preservaban la otra vida, le evitaban un hogar subversivo y se desentendían de su responsabilidad. No es que no existiera una racionalidad; sencillamente no era una lógica total y perfectamente congruente sino fraccionada y contradictoria.

Muchas de las inconsistencias de los campos estuvieron ligadas a la participación de médicos y psicólogos, cuyas profesiones se asocian, precisamente, con evitar el dolor y preservar la vida. En los campos, estos profesionales cumplieron las funciones exactamente inversas. Los médicos de los campos (los hubo en todos), que se dedicaban también a curar gente fuera de ellos, ayudaron a señalar cómo provocar más dolor, cómo prolongarlo, cómo evitar la muerte cuando el preso era potencialmente “útil” y cómo matarlo sin que ofreciera resistencia. Uno de los casos más abrumadores fue el de Jorge Vázquez, médico, presionero que pertenecía a la organización Montoneros, que asesoraba en la tortura y que autorizó continuar con el tormento de Víctor Melchor Basterra después que éste padeciera un paro cardíaco⁴. Estos hombres sólo pueden haber convivido con sus funciones reparadoras y sus funciones asesinas haciendo coexistir lo antagónico por medio de la compartimentación, la separación de sus funciones. Como señaló Franz Stangl, comandante del campo de concentración de Treblinka: “No podía vivir si no compartimentaba mi pensamiento”⁵.

⁴ Basterra, Víctor Melchor, Testimonio presentado ante el Centro de Estudios Legales y Sociales, Buenos Aires, octubre de 1984, p. 3.

⁵ Stangl, Franz, en Todorov, T., op. cit, p. 174.

Los sacerdotes tampoco estuvieron ausentes de los campos de concentración y de su lógica esquizofrénica. Además de que muchos de ellos, así como religiosas católicas, los padecieron y fueron sus víctimas, otros se dedicaron a tranquilizar las conciencias de los desaparecidos y a atormentar a los secuestrados. Un miembro de los grupos represivos, Julio Alberto Emmed, relató que después de asesinar a tres hombres con inyecciones de veneno aplicadas directamente al corazón, en presencia del sacerdote Christian Von Wernich, “el cura Von Wernich me habla de una forma especial por la impresión que me había causado lo ocurrido; me dice que lo que nosotros hemos hecho era necesario, que era un acto patriótico y que Dios sabía que era para bien del país. Estas fueron sus palabras textuales”⁶. A su vez el R.P. Felipe Pelanda López, capellán del batallón 141 de Ingenieros de La Rioja, le dijo a un detenido apaleado: “¡Y bueno mi hijo, sino quiere que le peguen, hable!”⁷. Abundan estos testimonios que, como en el caso de los médicos, dan cuenta de una “inversión” de la misión que se supone cumple un sacerdote. En lugar de reprobar el asesinato, convalidarlo; en lugar de confortar al que sufre, agredirlo. Estos hombres, al mismo tiempo, celebraban misa y leían cada domingo los Evangelios.

Los intentos de reparación que realizaban los torturadores sobre sus propias víctimas, y la extraña convivencia de la crueldad con la clemencia, sin solución de continuidad, aparecen en muchísimos testimonios, en una suerte de mosaico “enloquecido”; “lo normal eran las categorías demenciales” diría Geuna⁸. Un mismo hombre podía hacer matar a decenas de prisioneros y compadecerse de otro. Los responsables de decenas de muertes, así siempre, “salvaron” a alguien. El capitán Acosta, después de exhibir frente a los prisioneros el cadáver acribillado de Maggio, seleccionó a un grupo y lo obligó a cenar con él como si nada

⁶ Emmed, Julio Alberto, Testimonio, en: Conadep, *Nunca más*, p. 260.

⁷ Paoletti, Mario Argentino, Testimonio, en: Duhalde, op. cit., p. 134.

⁸ Geuna, Graciela, Testimonio, p. 21. Segunda parte.

hubiera ocurrido. El comandante Quijano, que amaba a los animales, después de secuestrar a Geuna y participar en el asesinato de su esposo le dijo que ya se había encargado de colocar al gato y al perro, así que se quedara tranquila por los animales. ¿Actos de reparación? Bondad y maldad, superpuestas y separadas, sin posibilidad de una mínima congruencia.

Rupturas brutales entre el discurso y la práctica o entre dos momentos del discurso o de la práctica, es indiferente, nos muestran a oficiales de inteligencia que afirman con convicción que “el fin no justifica los medios” (Escuela de Mecánica); torturadores y asesinos que reprochan la utilización de palabras soeces a los secuestrados (La Perla); torturadores que se niegan a violar el secreto del voto (Cuerpo I de Ejército); militares que desean “Feliz Navidad” y brindan con los prisioneros (Escuela de Mecánica). Todos estos elementos coexistiendo sin contradicción aparente, en una atmósfera de locura, que resulta increíble, que “enloquece”. Blanca Buda, militante del Partido Intransigente, hace un relato desopilante. Dice que después de las torturas comenzó un interrogatorio más tranquilo: “-¿Estás completamente segura de que no sabés por quién votó tu gente? - Señor, no puedo decirlo por quién votaron ellos, pero, acoté, ¿quiere que le diga por quién voté yo? Saltaron dos o tres al mismo tiempo. No supe si me tomaban el pelo o si los atacaba una reacción ‘legalista’, cuando los oí gritar indignados -¡No, eso no! ¡El voto es secreto! Al principio no entendí. Cuando mi confundido cerebro captó el verdadero sentido de la frase no pude contenerme y lancé una carcajada... Me torturaron bestialmente pretendiendo saber los ínfimos detalles de mi vida, la filiación política de mis vecinos, cuántas ollas populares habíamos impulsado, la capacidad organizativa de los partidos políticos de la localidad y ahora salían con que el voto era secreto”⁹.

⁹ Buda, Blanca, Cuerpo I, Zona IV, Contrapunto, Bs. As., p. 111-112.

La locura y lo ilimitado que exaltaba al capitán Acosta se manifiestan hasta el absurdo en este relato o en el hecho de secuestrar un loro e ingresarlo a La Perla con el número de prisionero 428.

La *fragmentación*, que permitía “funcionar” a los desaparecidos, se iba adueñando también del prisionero. De hecho, el quiebre en sí mismo implicaba esta ruptura y la necesidad de acondicionar en compartimentos separados lo que correspondía a un mismo sujeto. Cuanto mayor arrasamiento mayor fragmentación, escondida bajo un discurso “total”. Este es el caso de los prisioneros que creían haberse pasado de bando, en consecuencia hablaban y actuaban como si fueran militares, como si no notaran que... permanecían secuestrados.

La rotura física que provoca la tortura, puede ser también una rotura interior, que el prisionero registra, al mismo tiempo que tiende a ver el campo como una totalidad congruente aunque incomprensible. Le cuesta mucho más percibir el fraccionamiento de sus captores que el propio. Sin embargo, *la fragmentación es constitutiva del campo y se proyecta sobre el preso*. Dice Geuna: “La realidad de La Perla era una *realidad absoluta, total*, con sus propias reglas. Y esa realidad comienza a imponerse con la venda y el proceso de aislamiento que desata: uno va encerrándose en sí mismo, se retrae y penetra cada vez más adentro de su conciencia. En esa situación *uno se encuentra todo roto...* La venda te lleva a tu interior y tu interior está destrozado y cada vez se *fragmenta* más hasta entrar en un mundo de categorías demenciales, irreales, donde todo lo que puede ser la vida está falseado y la propia vida es otra cosa¹⁰”

En efecto, la vida sin ver ni oír, la vida sin moverse, la vida sin los afectos, la vida en medio del dolor es casi como la muerte y sin embargo, el hombre está vivo; es la muerte antes de la muerte; es la *vida entre la muerte*. Otra superposición enloquecida, la de estos “muertos que caminan”.

¹⁰ Geuna, Graciela, Testimonio, p. 19.

Todos estos contrarios coexistiendo con total “naturalidad” refuerzan la *sensación de locura*. “Unos iban hacia la libertad, otros a la muerte; un grupo se vestía como para una fiesta, la mayoría estaba semidesnuda. Oíamos los gritos de los torturados y las risas de los militares. Festejaron con chocolate el cumpleaños de Di Monte. Al día siguiente, otro traslado”¹¹.

La superposición de contrarios de una manera incomprensible, el hecho de estar dentro de una especie de útero cerrado por fuera de las leyes, del tiempo y del espacio, acentúa la sensación de que el campo constituye *una realidad aparte y total*. “Todo comenzaba y terminaba en La Perla”¹², diría Geuna. Sin embargo, el campo está perfectamente instalado en el centro de la sociedad; se nutre de ellas y se derrama sobre ella. Quizás es el hecho de permanecer tan apartado, al mismo tiempo que está en medio, lo que más enloquecedor resulta para el prisionero, lo que produce la sensación de irrealidad.

Cuenta Careaga “Un día viví una sensación de *irrealidad* tal, que en ese momento creí que iba a perder, o que había perdido ya la razón. Estaba en la enfermería, cerca de la calle, de la gente, y nadie sabía que yo estaba allí. Ese día había habido un partido de fútbol; había ganado Boca, yo escuchaba las bocinas, los gritos de la hinchada festejando. Adentro, al lado de la enfermería, los verdugos jugaban al truco ¡y escuchaban un cassette con los discursos de Hitler! ¡Tuve que cerrar los ojos y taparme los oídos!”¹³ También el extraordinario testimonio de Geuna lo señala: “Yo creía en un principio que La Perla estaba ubicada en algún paraje remoto... Casi enfrente nuestro se levantaba la fábrica de cemento Corcemar, a sólo 14 kms. de la ciudad de Córdoba, a unos cien metros de una de las principales rutas de la provincia, que tiene una densidad de

¹¹ Geuna, Graciela, Testimonio, p. 27. Segunda parte.

¹² Geuna, Graciela, Testimonio, p 64. Segunda parte.

¹³ Careaga, Ana María, Testimonio, p. 169.

tránsito importante. Vi pasar varios coches y pensé si no nos verían. ¡Estábamos *tan cerca y sin embargo tan lejos!*¹⁴

El hecho de que el campo es una realidad aparte constituye una ilusión. El poder intenta colocarlo aparte pero este no es más que otro de los múltiples compartimentos que se pretenden separar o acotar. Como las cuchetas que separan presos, como las cabezas que separan ideas, como los hombres que separan sentimientos porque no los pueden conciliar, así se separa al campo de la sociedad. La esquizofrenia social que separa lo que resulta contradictorio para permitir su coexistencia con “naturalidad”, es la que se expresa en la propia existencia del campo y en las dinámicas internas a él. La eliminación del conflicto se puede hacer por su negación (la desaparición), por su eliminación (el asesinato), por su separación y compartimentación para evitar que contamine (la cárcel). El campo de concentración fue una extraña combinación de todos estos mecanismos. Es cierto que formó, efectivamente, una red propia, pero esa red estuvo perfectamente entretrejida con el entramado social.

Pilar Calveiro

¹⁴ Geuna, Graciela, Testimonio, p. 31. Segunda parte.

II. Una galería techada con tres ventanas grandes y una puerta al patio externo; una habitación amplia, con una arcada, sin ventanas ni puertas; al terminar la galería, en un extremo, un grueso muro, al otro el baño con tres lavabos, tres duchas y tres letrinas: ésta es la llamada “cuadra de las mujeres” en el Campo de la Ribera en el año 1977. Las ventanas miran al patio, que tiene una primera parte sin arbolar y luego, donde comienza la pendiente del terreno, se puebla de paraísos. Al fondo el alto muro; donde hace esquina, a mano izquierda, remata en la casilla del guardia.

Recuerdo muy bien otras instalaciones del campo: tres celdas pequeñas de puerta metálica con pasaplatos que se ubican a continuación de la cuadra de las mujeres, luego en el lado izquierdo, el baño y la cuadra de los varones. Hacia la derecha, “el comedor viejo”, y más allá, las instalaciones de oficina sobre el lado derecho del patio. Sin embargo, lo que interesa parra lo que me propongo relatar, es la cuadra de las mujeres.

Mi primer recuerdo, al llegar vendada, es el olor de la cuadra. Olor de piso recién barrido, con algo de tierra flotando en el aire, frío y de encierro, con ese dejo particular que con el tiempo sabría que es el olor del miedo. Me llevaron hasta el fondo de la galería, un guardia trajo enseguida el colchón con sábanas y mantas y la almohada, que mi familia me había llevado a la comisaría. Sabría después que estos elementos constituían de por sí algo insólito, un rasgo casi grotesco en esa realidad sórdida del campo. Escuché hablar a los guardias con otras prisioneras: mandaron a una de ellas para que me condujera al baño y ordenaron que no se acercaran a mí, que no me hablaran. Sentada en mi colchón con la espalda contra la pared y las manos cruzadas sobre el regazo, dominando a duras penas el terror, el desconcierto, la angustia y el llanto, agucé mis sentidos. La venda sobre mis ojos estaba fuertemente ajustada, abrir los ojos me causaba molestias e irritación, y sólo lograba ver una hilacha casi de la luz y del color de mis ropas. Deduje que a mi derecha había una ventana porque a media mañana, entraba sol. Temblaba y apretaba las manos intentando vanamente controlar los sacudimientos. No sé cuánto tiempo transcurrió así.

De pronto escuché un ruido afuera, casi un roce, y sentí algo que supuse era una mirada. El silencio de la cuadra se hizo casi corpóreo, y entonces, por primera vez escuché el sonido de una campana -que presumí pequeña porque no tenía los cálidos matices del bronce amplio- llamando a muertos.

Creo que fue ese sonido, abriéndome a un horror mayor, el que puso un corte a mis temblores. Seguía sintiendo la mirada y me concentré en el esfuerzo total de retener ese grito que hubiera sido aullido, que crecía desde mi vientre y trepaba inundando mi cabeza. Transcurrió así una eternidad y luego la mirada no estaba, la campana había callado y lejos se escuchaban motores como de camiones, algunos perros y, más cerca, pájaros en la soleada mañana de allá afuera, que transcurría ajena a la desesperación. Dentro de la cuadra tres voces femeninas, tiesas y formales, dialogaban entre sí:

-Correte que me siento a tu lado.

-¿Querés una frazada, mami, no tenés frío?

-Ud., ¿no quiere una frazada?

-No, no, estoy bien, me da el solcito en las piernas.

Las voces bajaron a murmullo. Alguien se levantó caminó unos pasos y permaneció un rato quieta. Otra vez pasos, murmullos y un -sí, pobre, decile.

Entonces una voz diciendo:

-Vos, la que trajeron recién, aflojate, quedate tranquila, nosotras somos tres prisioneras también. Esta mañana ya no vienen los interrogadores, pronto traen la comida.

-¿No vienen quiénes?

-Los interrogadores, los tipos que te hacen preguntas.

(No entendía nada, pero advertí el miedo y la urgencia en la voz, mejor aprovechaba para preguntar algo más importante)

-¿Dónde estoy?

-Y... no sabemos, no preguntés, quedate tranquila, estamos aquí, no puedo hablar más. Fuerza.

(El titubeo inicial, la tensión de la respuesta, me dijeron que sí sabían. Pero, ¿por qué no me decían? Porqué la venda, qué era eso de los

interrogadores, porque estaba allí). Las preguntas me llenaban, las sentía casi físicamente como manos que tantearon tan ciegas como yo en la venda.

En la tarde una guardia ordenó a las restantes prisioneras que se metieran en la habitación y a mí me dijo que podía caminar.

Entumecida me incorporé, y como borracha, con las manos extendidas, comencé a moverme. Me sentí grotesca, como una marioneta desmañada, y sin darme cuenta cómo, dos lágrimas se me escaparon y se las tragó la venda (Llorando por vos no irás muy lejos, mejor te pones a caminar derecha, espía tus pies, es tu límite fijo en el suelo, esos son tus zapatos, los de siempre, los que hace tres días lustraste. ¡Zas!, las manos contra la pared me dicen que debo pegar la vuelta, giro y me concentro en la mecánica del caminar. Alcanzo a ver los mosaicos, sigo la hilera, un pie, el otro, otra vez, y otra. Y el caminar es la tarea).

Más tarde sentí la cabeza como una pecera y dentro de ella yo como un pez enloquecido, azotándome contra el vidrio, contra la venda, contra el no saber, contra la incertidumbre.

Esos 21 días del campo fueron algo muy especial, una suerte de irrealidad, de congelamiento de la vida, de equilibrio ante el borde mismo del horror.

Pero sería injusta con el resto de los años de confinamiento, si afirmara que ese período fue lo peor. La diferencia entre el tiempo del campo y el tiempo de la cárcel es cualitativa, casi diría que por analogía, es la diferencia que media entre el impacto, el dolor de una bofetada feroz y el efecto de una gota de agua cayendo interminablemente sobre la cabeza. Impacto versus duración, shock versus persistencia. Porque eso fue, una trompada en pleno rostro, un desmoronarse de coordenadas de razón, tiempo y espacio.

Esos 21 días se dividen en dos períodos netos: 11 días pasados con otras prisioneras y 10 días de absoluta soledad. En los primeros fue el aturdimiento, la torpeza, el avasallamiento y la sinrazón, y por otra parte la cálida solidaridad de ese puñadito de mujeres, hasta entonces desconocidas entre nosotras, que fue capaz de generar apoyo recíproco,

una afecto cálido, una realida próxima y hermana que sirvió como un muro de contención a los asaltos de la locura.

Qué importante, todas las noches, el “hasta mañana chicas” que era como un balance y una esperanza: hasta aquí llegamos, un día más sorteado y mañana a las seis, la posibilidad del buenos días, casi como un conjuro o como una reafirmación de la esperanza.

Al tercer día de estar allí, llegó una prisionera más al grupo, de quien me habían hablado porque había estado allí días antes, y se la habían llevado -casi con seguridad a torturarla-. Sin conocerla la esperé con igual incertidumbre y ansiedad que las demás. Que volviera era la posibilidad de ayudarla, apoyarla, y el saber que si nos llevaban, también a nosotras, podríamos volver. Por entonces, el Campo de la Ribera solía cumplir tres funciones: antesala de La Perla y la tortura; antesala de la U.P.1 y, por lo tanto, de la legalización como presa -el cese de esa calidad fantasmagórica del desaparecido-, y finalmente la antesala de la libertad. Pero en síntesis, lugar de tránsito -de duración indefinida-, lugar de exacerbada duda, de tensa espera, de ansiedad sin límites.

Creo que las cinco, sin decirlo, concluimos que estábamos presas de un monstruoso juego de azar, de una ruleta rusa donde a cualquiera y porque sí, podría tocarle alguna de las alternativas, y aunque lo negáramos (y nos lo negábamos por temor a la decepción), todas apostábamos a la carta de la esperanza y la libertad.

Nuestro día comenzaba temprano, a las 6hs. escuchando Aurora y el izamiento de la bandera; enseguida escuchábamos cómo “bailaban” a los varones: ejercicios violentos, rápidos, que más de una vez provocaban caídas a las que seguían ruidos y gritos que indicaban que quien caía era lavantado a las patadas. En ese momento no podíamos espiar: había un guardia en nuestra cuadra, y con buena suerte conseguíamos que esa mañana no hubiera ejercicio también para nosotras. Era la hora de sacudir mantas y colchones, acomodarlos, asearlos; a veces nos daban útiles de limpieza y barríamos, pasábamos el trapo, en fin, casi una parodia de la rutina del ama de casa, una imitación mal actuada de lo que allí comenzábamos a llamar “el afuera”. Este término es el mismo que encontramos en uso en la cárcel, cuando llegamos a ella, y su empleo

generalizado tal vez sea el índice de hasta dónde todas percibíamos la calidad esquizoide de la situación.

Cerca de las 8 los ruidos de Campo de la Ribera se acallaban: cambio de guardia de por medio, desayuno de los presos, y retiro de los gendarmes a otras tareas fuera del patio. Comenzaba allí una de las partes más difíciles de remontar del día: la espera de los interrogadores quesolían llegar -según nuestros cálculos- entre 10 y 11. En esas horas el tiempo no transcurría: dominando los ruidos externos, el latido -no ya del corazón sino de la sangre bombeada a las venas-, nos aturdió. Los primeros días de ese lapso permanecíamos en silencio, cada una resistiendo la angustia, la espera, la incertidumbre. ¿Vendrían, a quién llamarían, torturarían?. La boca se reseca, oleadas de frío y calor, recorren el cuerpo, el corazón parece detenerse para luego correr desbocado, las sienas martillan y uno se siente caer en un pozo interminable, cuyo fondo no se acaba de alcanzar.

Por las mañanas, ese animal agazapado del miedo que todas teníamos, despertaba y enloquecía, arañándonos, mordiéndonos, lacerándonos. Por fuera el silencio de voces y el martillo acompasado de los pasos de las que medían sin tregua la galería. Más afuera la mañana se entibiaba y llenaba de ruidos: los pájaros en los árboles bulliciosos de la primavera reciente; de vez en cuando, el canto monótono, casi triste y lúgubre de un crespín; el movimiento lejano de la ciudad, los perros ladrando, la campana del cementerio de San Vicente llamando a muertos y siempre, siempre, enloquecidamente, el corazón latiendo.

Para frenar la angustia decidimos sentarnos durante esas horas y hacer algo juntas. En una oportunidad en que llevaron a una de nosotras hasta el fondo del terreno a tirar basura, recogió unas piedritas. Entonces, levantando apenas la venda, jugábamos a la payana, al ta-te-ti, en los mosaicos del suelo. Nunca nos encontraron jugando: de alguna manera imprecisa pero exacta, el juego pasaba, las piedritas se guardaban y como cinco prolijos monitos vendados, nos hallaban sentadas en el escalón, en silencio, quietas. Ei el tiempo se estiraba, una hacía de vigía: puesta en el extremo de la galería levantaba o bajaba la venda y espiaba si en las oficinas, tras un alambre fiambbrero, se prendía la luz. Esa era la señal de que los interrogadores habían llegado, el estímulo suficiente para lograr la

lquietud de los monitos vendados. Y el comienzo del clímax de la ansiedad; del alerta del oído para escuchar los pasos en la veredita, contarlos y, conteniendo la respiración sentir que se paraban frente a la puerta, sin saber aún si era una simple mirada de inspección o la delectación del perro babeante que elige su presa.

Si los pasos seguían, era el alivio y la culpa para todas: alivio porque a nosotras no, y culpa por aliviarnos, porque los pasos seguían y entraban en la cuadra de los varones, y al salir eran dos. Pero era cuando se llevaban a una de las cinco: las cuatro quedábamos en silencio un rato y luego venían los lamentos por la ausente. Cómo vivían las demás ese momento, no lo sé.

Andando el tiempo he comprendido que esos días hablábamos mucho: conozco anécdotas de cuando empezaron a cambiar los hijos de una; las pillerías de estudiante de otra; las explicaciones de origen y coreografía de las danzas floclóricas que nos daba una tercera y la manera en que la cuarta solía preparar el pionono.

Las palabras nos acercaron, pero nos acercaron a un cuidadoso muro constituido por ellas mismas. Tal vez por eso no puedo decir cómo vivían las demás ese momento pero sé, en cambio, qué me ocurría a mí; primero era un flojamiento repentino, un cierto alivio, y de inmediato el ¿por qué no a mí, por qué no todas las preguntas que quiera, para saber también yo, para encontrar un motivo, algo, y una vez contestadas, que me dejen de ir de una vez por todas!! Y todo esto pensado a borbollones, como para ocultar una sorda voz, irracional y oscura que parecía decir: ¡Qué suerte un aplazamiento, seguimos estando aquí, un día que se resolvió, un pido gancho a la angustia! Luego vendría una espera conjunta de la ausente y el realizar mil gestos minúsculos: tener un jarro de agua preparado, las frazadas y las almohadas acomodadas como para que descansara mejor, recoger las medias secas del piolín del baño, todo un ritual del conjuro: las acciones prefiguraban su vuelta y hacían imposible el pensar que la hubieran llevado a La Perla. Además comenzaba el análisis exhaustivo de las pocas palabras que el interrogador había dicho: -¿Viste que nos dijo buenos días a todas? ¿Querrá decir que noy nos toca a todas? -Vieron, antes de saludar nos estuvo mirando un buen rato, ¿por qué?

A veces volvían por otra, y era recomenzar el proceso.

En dos oportunidades, dos de las presas fueron sacadas allí mismo a la veredita, y les hicieron algunas preguntas. Las que quedábamos nos corrimos sin decir nada al fondo de la galería, con una suerte de pudor, como para no oír las preguntas y las respuestas (¿para no saber?). Las voces nos llegaban confusas, aún cuando elevaron el tono, pero pudimos escuchar perfectamente las bofetadas. Superando el miedo a ser vista, corrí la venda y vi cómo la sacudían y golpeaban en el rostro. Las náuseas me inundaron y una bocanada de amargura me llenó la boca, como una corporización de la impotencia, y porqué no, de asco por mí misma, por verme quieta, ovillada en un rincón, sin decir una palabra, sin intentar un movimiento de defensa de la otra, sintiéndome cómplice del castigo. Porque la racionalización no es suficiente: es cierto que eran hombres armados, que no hubiera ganado nada -o mejor sí, algunos golpes propios- pero también era dejarla sola, lavarse las manos. Y sobre todo empezar a verificar el límite de la propia cobardía, del egoísmo. Tiempo de amargo conocimiento, de derrumbe de las palabras y de las fantasías, de la aceptación lenta de las limitaciones, de la exploración de las fronteras de uno mismo.

Y no llamarse a engaño: hubo quienes pudieron responder pese a los riesgos. Cuando ya se habían llevado a la cárcel a las otras prisioneras y sólo quedábamos una de ellas en una pequeña celda ubicada a continuación de la cuadra, y yo sola en la cuadra de las mujeres, un día de sol la guardia decidió sacarme al patio. Allí estaban, desde hacía rato, los prisioneros varones. Les hacían hacer ejercicios, saltos, carreras, siempre con los ojos vendados. Un guardia me condujo afuera, a la zona sin arbolar. Me quedé allí parada, quieta, sintiendo el sol, el olor del aire libre, el viento suave en la cara, el ruido de la arena y de los movimientos de los varones obedeciendo las órdenes. De pronto una voz a mi lado diciéndome:

-Caminá, y atendé cuando te ordene pararte o girar hacia un lado. Caminá, vamos, yo te guío.

Instintivamente adelanté las manos y con precaución comencé a caminar. me ordenaron bajar los brazos, dejarlos quietos junto al cuerpo y apurar algo la marcha. Tropecé con piedras, metí el pie en algún pozo: como un muñeco grotesco que causaba sus risas me moví por el patio.

Pronto hubo un silencio del que me dirigía y esperé quieta, con miedo. Dieron órdenes a los varones y también ellos debieron caminar siguiendo las indicaciones. El grotesco los divirtió: las voces de mando se mezclaron, unono sabía si el “¡adelante!”, el “¡parate” y el “¡girá a la derecha” eran para uno o no, y como ciegos autitos chocadores de un macabro parque de diversiones, recorrimos el patio chocándonos entre las risotadas de los guardias, entre los insultos si equivocábamos la orden. Los choques que provocaban risa en los guardias, fueron aprovechados por los prisioneros; sirvieron para mascullar una palabra, dar aliento.

-¡Hola!

-¡Fuerza, hermana!

-Bien. ¡Compañera!

-¡No aflojes flaca!

Sin mover los labios, respondía a todos, y sentí la alegría del choque porque me traía una voz cálida, una palabra de sustento.

En principio había experimentado una profunda humillación, pero luego recapacité. Pobres tipos, ¡qué catadura moral la suya, si para divertirse necesitaban de la humillación de otros! Y al mismo tiempo ¡qué linda broma! Sin acordarlo los prisioneros revertíamos la situación y la convertíamos en una posibilidad de apoyo, de contacto solidario y humano a través de la palabra.

Cansados del juego, del gallo ciego como decían, uno de los guardias pidió a un prisionero que cantara.

Imaginen la escena. Vendados, quietos, separados entre sí, los prisioneros. Rodeándonos -posiblemente-, los gendarmes y el designado para cantar, titubeante al principio, firme luego, cantando Zamba de mi Esperanza.

Sentí un estremecimiento recorriéndome el cuerpo, piel de gallina pese al calor del solcito, y de pronto todos los prisioneros cantamos, si, en el patio de Campo de la Ribera, vendados, pared de por medio con ese cementerio en cuyas fosas -según sabía aunque en voz baja- había decenas de cadáveres. Creo que los gendarmes advirtieron que el canto generaba fuerzas, nos regalaba esperanzas y los suspendieron.

Fue entonces que a un guardia se le ocurrió pedir que uno de los varones contara un cuento. Lo hizo. Fue un cuento criollo simple y sin doble intención. Entonces el guardia demandó:

-No, ese no, uno picante, che!

El prisionero guardó silencio, el guardia insistió. La voz, de chango joven, dijo entonces, en tono bajo pero firme:

-No, señor, aquí hay mujeres, Uds. lo dijeron, y yo no ofendo a una mujer obligándola a escuchar una guasada.

Lo insultaron, lo patearon, devolvieron los varones a la cuadra, y quedé sola y parada al sol, mezclando las lágrimas y la transpiración, pero con la cabeza erguida, orgullosa del valor ajeno, aprendiendo cómo era posible no degradarse, aprendiendo que el límite no está sino que lo pone uno y entendiendo que todos los días había que correrlo alejándolo un poquito, a riesgo de que si no era así, el desprecio por uno mismo nos empujara a un pozo sin retorno.

No sé cuánto permanecía al sol -la boca se me reseco, la venda pareció hundirse más en los ojos, los pies se me hincaron y seguramente tambalee-. Un guardia me tomó del brazo, apretó innecesariamente y empujándome hacia la cuadra dijo: -¡había sido floja, doña!

Llegué a la cuadra, me tiré al colchón y me pasé el resto del día allí, afiebrada, con extrañas imágenes rondándome.

Tomé agua con frecuencia y al cambio de guardia de la tarde, conseguí un par de aspirinas. Esa noche mis visitantes adquirieron proporciones monstrosas gracias a la fiebre, pero felizmente al día siguiente mejoré.

¿Quiénes eran mis "visitantes"? En este caso las ratas. He dicho que la cuadra tenía una habitación sin ventanas, separada del comedor por una arcada sin puerta, sobreelevada respecto de la galería, que se situaba un escalón más abajo. De noche debía ubicar mi colchón en el medio de la habitación, bajo una bombita de luz que permanecía prendida toda la noche. Obviamente dormía vendada, y aunque en los aviones entregan -para asegurar el descanso del viajero- unas especies de anteojos negros de tela, en este caso la venda no garantiza el descanso sino más bien lo interfiere. La venda es una suerte de muro opaco que separa de la realidad, que obliga a cerrarse sobre uno mismo, que crea abismos a cada paso, que

torna amenazante hasta la realidad más próxima y que si de noche algo sobresalta y uno despierta abriendo los ojos para toparse con la algodonosa barrera, genera una profunda ansiedad, un miedo, una inseguridad difíceles de soportar. Generalmente duermo bien y profundamente, y esta bendición no me fue negada ni en los día de Campo de la Ribera ni en la cárcel. Incluso dormía mucho, diez horas diarias contando la siesta, pero evidentemente tantas horas eran una compensación por el cambio en la calidad del sueño, que guardaba en sí una cuota de expectación, de alerta permanente que hacía que no fuera totalmente reparador, y se compensara con su extensión más allá de los límites de mis costumbres. Ese alerta me permitió -aunque los acontecimientos no produjeran grandes ruidos- vivir ciertos hechos nocturnos peores que las pesadillas que habitualmente no me asediaban.

La noche posterior a los sucesos del patio, desperté con la sensación de una presencia. Escuché expectante, y el oído ya aguzado en los días de venda y encierro, no detectó ruido ni respiración alguna. Lentamente me moví corriendo algo la venda y espíe. Con las patas delanteras apoyadas en el escalón, las orejas enhiestas, había dos ratas de unos 25 cm. de largo, con el pelaje gris oscuro, sucio, grasiento, como separado en mechones. Movían apenas el hocico como olfateando, y los ojillos malignos tenían -para mí- una acechante y dura crueldad. Sabía (porque más de una vez al agacharme en la letrina alguna había salido corriendo entre mis piernas) que la cámara de excrementos era su morada, por lo que el olor nauseabundo que sentí, estaba justificado.

¿Gritar? ¿Para qué? ¿Para ahuyentarlas? Bastaba con moverme, y el grito hubiera convocado a la guardia, quién sabe con qué consecuencias. Tragué el grito, me apreté contra mis propios huesos, respiré hondo y las observé.

Sonia Bateau